

QUEDÁBAMOS en que. . . . Lo mismo da, porque no se puede quedar en nada con los académicos, que son mudables como la luna, para que en todo se cumpla la Sagrada Escritura que lo dice: *Stultus sicut luna mutatur*. Sabia sentencia que si no fuera divina merecería serlo, porque es lógico, natural y casi necesario que quien no sabe tras de lo que anda no siga otra ley que sus caprichos.

Y á propósito. ¿No saben ustedes la etimología de *capricho* (¡verdaderamente de capricho!) que nos da el Diccionario de la Academia? Pues atención: "CAPRICHIO (del latín *capra*, cabra, por lo antojadizo que es este animal)". . . . Sí, lo será, pero no tanto como otros; ni pueden ser sus antojos tan perjudiciales como el de hablar de lo que no se entiende. ¡Pobre cabra, víctima de la versatilidad académica, que un día la hace mimos diciéndola que es de condición dulce, de lo cual á llamarla monina y rica ya no hay

más que un paso, y otro día la trata de antojosa y de raíz y fuente de todo CAPRICHOL

Vale Dios que nadie hace caso ya de la Academia, ni para bien ni para mal, pues de lo contrario, fuera preciso gastar el tiempo en defensa de las cabras, para instruir á los *caprichosos*, ó según el Diccionario, á los *cabrunos* académicos y al etimologista de que la raíz de *capricho* no es *capra*, sino *caput*, cabeza, y la palabra de donde más inmediatamente viene, *capirucho*, cuya acepción figurada omiten ellos, y aun en la natural apenas le definen, pues no hacen más que decir que es sinónimo de *capirote*, lo cual tampoco es cierto.

Si hubieran sabido definir el *CAPIRUCHO* diciendo que es capillo pequeño colocado en el alto y en la parte posterior de la cabeza, hacia donde residen los deseos irracionales, y hubieran añadido que figuradamente se llama así á cualquier empeño irracional é infundado; si hubieran tenido noticia del verbo *ENCAPIRUCHAR* ó *ENCAPIRUCHARSE*, del cual no es *encapricharse* más que una contracción, y hubieran sabido que se dice: Fulano *se encapiruchó con tal cosa*, lo que vale lo mismo que decir: *Se le puso tal cosa en el cogote, ó se le puso en la cabeza*, ya les hubiera sido fácil acertar con la etimología del *capricho* sin meterse para nada con las cabras, que, si tiran al monte, lo hacen por instinto y por experiencia de que allí las va bien, y no por *capricho* ó porque se las ponga en el cogote, que es por lo que destrozán la lengua los académicos.

Diciendo, verbigracia, un poco más atrás que la *CAPARROSA* es *sal compuesta*. . . y describiendo las

de varios colores, empezando por la azul, cuando la así llamada por antonomasia es la verde, ó sea el sulfato ferroso, y sin decir que la azul ó sulfato de cobre se llama *PIEDRA LÍPIZ*, nombre por el que es generalmente conocida, *LÍPIZ*, y no *lipis*, como dicen después en la L y en el artículo *PIEDRA* los señores.

Que también dicen que *CAPEAR* es "robar. . . (¿qué dirá Lagartijo de estas cosas?) robar á uno la capa los ladrones, y especialmente en poblado." Esta especialidad del poblado tiene mucha gracia, y lo principal, lo de *capear*. . . *robar la capa*, no tiene menos. Por lo demás, claro es que los que robaran la capa habían de ser los ladrones, porque los académicos no suelen robar más que el tiempo á los incautos que le emplean en leer sus libros. Cierto es que mal llevado también es el dinero que llevan por ellos, y mal ganadas las dietas que cobran por zurrirlos; pero entre lo mal llevado ó mal ganado y lo robado hay gramaticalmente alguna diferencia.

Con que váyanse enterando los académicos de que *capear* no significa ya robar la capa ni nada parecido, porque da grima que no sepan lo que es *capear*, ellos que, aunque mal y chavacamente, *capean* al idioma.

Y entérense también de que *CAPILLADA* tiene otra significación además de las de "porción que cabe en la capilla" y "golpe dado con la capilla" más usada que éstas, la de agudeza, gracia ó dicho ingenioso del fraile. Por cierto que después de las conocidísimas y populares *Capilladas de Fray Gerundio*, sólo á los académicos, capaces de ignorar hasta la

existencia del famoso periódico leonés, se les podía quedar en el tintero aquel significado.

La palabra *capiello* es anticuada y no se usa más que en el refrán que dice: "No lo quiero, no lo quiero; échamelo en el *capiello*," contra los que dicen que no quieren una cosa y la están deseando. Los académicos, por andar al revés en todo, ponen la palabra y omiten el refrán. Es decir, no le omiten, le destrozan, que es peor todavía, quitándole la medida y la asonancia de los dos miembros, y diciendo: "no quiero, no quiero, pero échamelo en la *capilla*," todo para meterle en el artículo de la *CAPILLA*, que no es su sitio, ó para meterle en *capilla*, que es donde ellos están. . . . literariamente.

En el artículo del *CAPILLO*, aparte de muchas impropiedades, falta la acepción de esta palabra aplicada á la porción de lino que contiene cada *hacecillo*, que se llama así porque después de cocido se pone á secar en el tendal en forma de *capilla*. Pero los académicos, que no conocen las tejas y que no saben nada ni aun de tejas abajo, ¿por qué habían de saber agricultura?

La palabra *capitoso* no se usa en ninguna parte: se dice *CABEZUDO*, ó cosa así; pero, en fin, los académicos la pusieron, y el bueno del etimologista les dijo que era del latín *capito*, cabezudo, y ellos los pobres, añadieron: "*Caprichudo*, terco, tenaz." ¿Y aquello de que el capricho venía de la cabra? ¡Si irán cayendo de la burra!

"*Capitula*. . . (del lat. *capitula*, capítulos.) Lugar de la Sagrada Escritura. . . ." ¡Qué ha de ser lugar de la Escritura! . . . Ni en la Sagrada Escritu-

ra hay ningún lugar que se llame *capitula*, ni el *capitulo* en el rezo divino se llama en castellano *capitula*, sino capítulo, ni los académicos entienden de rezo más que de música ó de tejas.

La definición de *CAPÓN* tiene mucho intrínquis. Véase la clase: "*CAPÓN* (del lat. *Capo, caponis*." Adjetivo. Dícese del hombre. . . ." ¡Ave María Purísima! . . . "Dícese del hombre y del animal castrado."

Así, como ustedes lo ven, el hombre delante: lo primero "dícese del hombre. . .", como si hubiera uno de esa clase tras de cada esquina. Vaya que no tienen perdón de Dios estos pobres académicos.

*CAPOTILLO*, dicen que es "ropa corta á manera de capote ó capa," lo cual, después de haber dicho que la capa es "ropa larga," casi no se entiende. Vale que después dicen que "los había de varias hechuras," con lo cual ya hay bastante para quedarse sin saber lo que era. Como tampoco se puede saber por la definición académica lo que es *capota*. Sin el Diccionario todo el mundo sabría que es una capa sin esclavina, pero en el Diccionario ya no es eso; es casi todas las cosas menos eso.

¿Y *capripede* y *capripedo*, saben ustedes qué cosas son? Los que sepan latín sabrán de dónde pueden venir esas palabras, pero lo que sean no lo sabe nadie.

Es decir, nadie más que Marcelino Menéndez Pelayo, probable introductor en el Diccionario de esas tonterías, de la primera de las cuales dicen que es un *adj. poet.* que quiere decir en su lengua *adjetivo poético*. ¡Adjetivo poético *capripede*! El conde de Cheste puede que sea seguro á usarlo alguna vez en

sus *poestas*; pero aunque lo use el conde de Cheste, y aunque Marcelino lo diga, *capripede* no será nunca un adjetivo poético, ni otra cosa que una verdadera *pata de cabra*.

## XXIII

MONSIEUR Daudin, el ilustre continuador de Buffon, ha escrito en el preámbulo de su *Historia natural de los reptiles* estas palabras:

“Se ha reconocido la utilidad de todas las cosas en la naturaleza; mas aún no se ha podido dar con la de los reptiles, tan abundantemente esparcidos por el globo.”

Perdóneme el sabio naturalista si me separo completamente de su opinión en este punto, afirmando á mi vez que la utilidad de los reptiles, así en el orden moral como en el físico, está de antiguo reconocida y demostrada, y que la única utilidad con que no se ha podido dar hasta ahora es la utilidad de los académicos.

Para conocer la de los reptiles en lo referente al orden moral, no hay más que leer el Catecismo de los Padres Escolapios, donde, á la pregunta de para qué fueron criadas las culebras y demás sabandijas, se responde:

—“Para que, viéndolas los hombres tan feas y horrosas, tuviesen horror al pecado, que es más feo que ellas, y no ofendiesen á Dios.”

Y por lo que hace al orden físico, sin necesidad de aguardar á los tiempos actuales, en que, reconocidos los buenos servicios del sapo en las viñas, se paga en Francia á dos pesetas la libra de sapos pequeños, ya un poeta latino de la decadencia había afirmado la utilidad de las culebras, cuando escribía:

*Aspis habet mortem, habet et medicamina serpens;  
Vipera sepe juvat. . . etc. (1).*

Mas los académicos, cuyo caldo no figura todavía en ninguna farmacopea del mundo, que no tienen propiedades insecticidas, y que, por otra parte, ni siquiera son feos todos, ¿para que han de servir ni física ni moralmente?

Para nada y menos todavía, porque menos que no servir para nada es servir para echar á perder el patrio idioma, adjudicándole palabras como *capelardente*, agabachada tontería tras de la cual puede cualquiera llamarles á ellos *academicians*, ó diciendo que la *CAPILARIDAD* es la “propiedad de atraer un cuerpo sólido y hacer subir por sus paredes. . .” con una *sintaxis capilar* que da envidia; ó comiendo *CAPUCHINAS*, que según ellos dicen “se suelen *usar* en ensaladas.” Y gracias que no se les ocurrió hacer también comestibles á los capuchinos, pues si se les llega á ocurrir, lo mismo los hubieran aderezado. Hacen lo que quieren.

(1). Dracont. *Exameron creationis.*

Por eso, después de no haber hecho mención del lino en el artículo del *CAPILLO*, le sacan á relucir á deshora en el *CAPULLO*, diciendo que capullo es “manejo de lino cocido, llamado así porque anudado por las puntas ó cabezas de las hebras hace el nudo la figura de un capullo.” No es verdad, arbolarios. Ni el lino anudado por las *puntas ó cabezas* de las hebras hace la figura de un capullo, ni el lino cocido se anuda por las puntas ó cabezas de las hebras, ni se llama ni se llamó jamás capullo el manejo de lino cocido.

Se llama capillo como y por lo que dije á ustedes el lunes pasado; pero ustedes habían oído campanas y no sabían dónde, es decir, que habían oído algo así como capillo y trocaron, según costumbre, las especies.

Lo mismo que hicieron luego en la definición de la *CARA*, diciendo que significa *desvergüenza, osadía, etc.*, por no haber entendido ciertas frases; y que significa también *hacia*, lo cual es tan inexacto como lo anterior, pues “*cara adelante* no es lo mismo que *hacia adelante*, sino cosa distinta; y que hay la frase “*á primera cara*” cuando no hay tal frase, sino “*á primera vista.*”

De la *CARABINA* dicen que es “arma de fuego portátil,” donde parece que lo portátil es el fuego: omiten la frase “echar de carabina,” y aunque luego ponen esta otra: “ser una cosa lo mismo que la carabina de Ambrosio,” no la explican del todo bien, porque dicen que es “no servir para nada,” y aunque así es verdad, resultaba más gráfica la frase diciendo sencillamente: “ser de la Academia.”

Del CARACOL dicen que es "molusco del tamaño de una nuez. . . ." Los hay mucho más pequeños y muchísimo mayores; pero, en fin, podría pasar la nuez, si no fuera que á continuación dicen "que se cría en parajes húmedos," y parece que es la nuez la que se cría. Tanto más cuanto que añaden "que se cría en parajes húmedos y en *algunas plantas*," y como la nuez se cría en una planta que se llama nogal, y el caracol no se cría en ninguna planta. . .

Porque una cosa es que se alimente de las hojas de las plantas, y otra cosa es que se críe en ellas. También los académicos se alimentan en la rama del presupuesto que se extiende hacia la calle de Valverde, y no se crían allí; se crían unos en Málaga, otros en Cataluña, otros en Madrid, otros en Asturias, en cualquier parte.

Los caracoles se adhieren á las hojas de las plantas, no con más fuerza que los académicos á las del presupuesto, cuando tienen gana de comer; pero los caracoles no están siempre comiendo, y cuando no comen se separan de las hojas y se adhieren á un madero seco ó á una piedra, donde pasan sus ratos de ocio, más inofensivos que los de los académicos, puesto que no les da por definir á nadie.

Siguiendo la accidentada descripción académica del caracol, nos encontramos con que, después de lo de "la nuez, que se cría en parajes húmedos y en algunas plantas," se añade: ". . . dentro de una concha orbicular y *boquiabierta* (vamos, académica), en forma de media luna (*¿y orbicular? ¿en qué quedamos?*) con una *marca ó señal* (*¿en una oreja?*) por

*encima*, que termina en espiral!" . . . O escrito de otra manera menos modesta:

"... en forma de media luna,  
con una marca ó señal  
por encima  
que termina en espiral  
(*¡Y da grimal!*):  
tiene en la cabeza cuatro  
cuernecillos membranosos,  
los dos más largos."  
(*Y los otros dos más cortos.*)

Necesariamente.

Porque les tiene que pasar á los académicos lo que al confitero retirado de la comedia *Los pavos reales*, que después de haberle dicho al Doctor Camuñas que unas veces le duele á un lado, ya no tiene más remedio que decirle que "otras veces. . . al otro lado."

A todos los lados les duele también á los confiteros académicos, que caracoleando en el mismo artículo, después de omitir la noticia de que los caracoles se comen, omisión imperdonable si se tiene en cuenta que nos acaban de decir que se comen las *capuchinas*, dan á luz el descubrimiento de que el caracol en Méjico es una "especie de camión ancho, *pero corto*, que usan las mujeres para dormir." ¡Caracoles! . . . ¡Pero qué cosas pasan en Méjico! ¡Pero corto! También por acá los caracoles, digo, los académicos, sean ó no sean anchos, suelen ser *pero cortos* de entendimiento.

Para concluir la CARACOLADA (palabra que no fi-

gura en el Diccionario, teniendo mucho más derecho para figurar que la *caracola*), sepan los académicos que no se dice “no importa un caracol, no vale un caracol, ni dos caracoles” ni esas frases son frases castellanas, sino académicas á lo suma. Para que haya frase hay que aumentar por lo menos un caracol, de modo que sean tres caracoles, que es como se dice. Y basta de caracoles por ahora, sintiendo no haberme fijado en la definición de los callos, que si era como ésta nos hubiera podido dar el almuerzo completo.

¡Caracha! digo ¡Carache! . . . Aunque según dicen los académicos lo mismo da, porque todo ello viene á ser, no una interjección, como aparenta, sino “una enfermedad que padecen los pacos.” . . .

—¿Romero y Silvela inclusive?—dirá alguno.

¡Bah! Estos pacos de la Academia no son Franciscos, sino carneros. . . . “carneros del Perú,” según dicen los mismos académicos, que en las cosas de por allá es en lo que parecen estar más enterados, y en lo que más esmero ponen, para que se cumpla siempre el gráfico refrán que ellos desconocen y que dice: “Para mí no hilo, y para mi suegra devano.”

Verdad es que hilando tan mal como hilan para su patria, no devanarán muy bien para América los académicos.

Y para su patria dicen que *carambillo* es CARAMILLO, y que la CARAMBOLA es un lance, y que “si la bola impelida por la que se arrojó toca á la otra tercera, se llama *carambola puerca*,” lo cual demuestra que en el juego de billar están los acadé-

micos á la misma altura á que les dejamos en el de los bolos.

Y á la misma que necesitan estar en indumentaria para poner con mucha seriedad la palabra *caramiello*, y decir que es “Adorno de cabeza á menera de mitra ó sombrero (lo mismo da) usado por las mujeres de Asturias y León.” Así. ¡Con la misma seguridad que si hubieran visto media docena de esos *caramiellos* en forma de *sombreros* ó *mitras* el mismo día por la mañana!

¡Ya, ya! ¡Lo que necesitaban y merecían los *capripedes*, autores de esta y de otras definiciones semejantes, era otro adorno, no precisamente *de cabeza*, sino de lomo, y no en forma de sombrero ni de mitra, sino en forma de otro chisme que empieza con A y que tampoco supieron definir á su tiempo.